

AL CABO DE LOS AÑOS MIL...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL

de Don Angel Maria Dacarrete.

Qué bien dijo, amor, quien dijo
que tu primer llama era
si una vez prendió en el pecho,
entre cenizas centella:
Y ansiosa aguardando que el aire la mueva
al mas leve soplo levanta una hoguera.

LISTA.—*Poesias.*







MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1854.

AL SEÑOR DON EDUARDO GONZALEZ PEDROSO.

Amigo mio: De propósito, para qué acompañase al excelente arreglo que del drama *El veinticuatro de Febrero* de Werner ha hecho V. á nuestro teatro, escribí en brevísimo tiempo este proverbio, que no puedo ni debo considerar como un trabajo, sino mas bien como el entretenimiento de una velada. V. dió ocasion á que en él ocupase sus horas y á V., pues, dedico este juguete, que nada vale, pero que pertenece á un género que fuera muy de desear emplease el ingenio de nuestros escritores y la atencion de nuestro público, que tan poco la fija en el estilo divertido con la trama dramática, que como sabe V. es casi nula en esta clase de obras. Temeroso de que esta dedicatoria sea mas larga que el proverbio, le doy punto, ofreciéndose á V. como sincero y leal amigo

Angel María Dacarrete.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA MARGARITA.	Doña Teodora Lamadrid.
ELENA....................	Doña Mercedes Buzon.
EL VIZCONDE.............	D. Joaquin Arjona.
D. LUIS...................	D. José Ortiz.
UN CRIADO...............	N. N.

La escena es en Sanlúcar de Barrameda.



ACTO ÚNICO.

Salon lujosamente amueblado; consolas, espejos.—Sobre aquellas libros encuadernados con lujo.—Mesas de juego repartidas por la escena.—A la derecha del espectador una puerta.—Otra en el fondo, que dá al corredor de un patio adornado para un baile.—Otra á la izquierda.—Tiestos y cortinas de lujo.—Profusion de luces y flores.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, EL VIZCONDE.

La Condesa reclinada en una butaca.—El Vizconde de pié á corta distancia de ella.—Trajes de etiqueta.

VIZC. Pues si, Condesa. Es una hija de los trópicos, que parece nacida entre los hielos del Norte. Figura *frele* y *maladive*, cabellos rubios y ojos de un azul tan claro...

CONDESA. En verdad que no merecen esas cualidades el desden que afecta usted...

VIZC. No niego que sea bella; pero carece de lo que mas me enamora á mí...

CONDESA. Pues yo creia, por el contrario, que debia enamorar á usted perdidamente.

Vizc. Por qué?

Condesa. A fuer de jóven á la moda: *comme il faut*, para hablar á usted en su estilo, debia usted juzgar perfecta á la hija del brigadier Herreros, del opulento propietario de Cuba, cuyos entorchados deslumbran tantos ojos, gracias á los setenta mil duros de renta que posee el buen veterano.

Vizc. Qué injusta es usted conmigo! (Si tendrá celos de esta jóven.) Voy á convencer á usted...

Condesa. Me doy por convencida. Hablemos de otra cosa. Vió usted esta mañana en los baños á Elena? Qué bonita estaba!

Vizc. Pse! Le sienta bien el *negligé*! Pero siempre del brazo de su marido! Ese enlace es una luna de miel intermible! Pobre Alberto! A pesar de su nombre novelesco, su figura sentimental y sus pasados años de poeta y calavera, temo que habrá de convertirlo el matrimonio en un *bourgeois pur sang*!

Condesa. (Qué necio!) Sabe usted si vienen esta noche?

Vizc. No sé. No los ha convidado usted?

Condesa. Yo no he convidado á nadie, ni me correspondia hacerlo.

Vizc. Pues á quién mejor?

Condesa. A su mamá de usted. Yo no soy mas que su huéspeda.

Vizc. Usted es la reina del baile.

Condesa. No sabe usted que no me agradan las galanterias? Si á pesar de lo que se lo he repetido no cesa de prodigármelas, me autoriza usted para creer que vá por donde quiera derramando una lluvia de lisonjas.

Vizc. El verdadero creyente, solo á un Dios tributa sus adoraciones.

Condesa. Vizconde, ese lenguaje afectado me empalaga.

Vizc. Siento mucho haber desagradado á usted; pero le ruego que no califique de afectacion lo que es sincero y natural.

Condesa. No lo dudo. Y así, para que no violente usted mas sus inclinaciones, le dejo en completa libertad de ir á galantear cuantas guste.

Vizc. Que yo deje á usted por otras? Y usted me lo dice? Usted! *C'est que vous etes jalousse?*

Condesa. Celos! Yo? Já, já. (*Riendo.*)

Vizc. Se rie usted?

CONDESA. No he de reirme? Yo celosa! Pobre Vizconde! Es preciso que no nos hagamos ilusiones. He dicho á usted mil veces que si acaso llegamos á casarnos, no hemos de hacerlo movidos por el amor.

VIZC. Pues, por qué?

CONDESA. Porque mi marido, que amaba á usted como á un hijo, dejándome al morir heredera de sus cuantiosos bienes, me manifestó, en presencia de su madre de usted, que cumpliria su último deseo uniendo un dia á la de usted mi suerte.

VIZC. Y por qué tarda ese anhelado dia?

CONDESA. Despacio, Vizconde. Debe usted recordar, pues supongo que se lo habrá dicho su mamá, que mi marido me repitió varias veces antes de espirar, que no cumpliese nunca aquella su última voluntad, si habia de costarme la mas leve repugnancia.

VIZC. Es decir que yo le desagrado á usted soberanamente!

CONDESA. No; es decir que no le amo á usted. Mejor dicho: que no nos amamos.

VIZC. Oh! no calumnie usted de ese modo mi corazon!

CONDESA. Vizconde: le advierto á usted que en el género sentimental está usted completamente *deplacé*. Ademas, yo he cumplido ya veintiseis años, y esas declaraciones no pueden hacer mella en una viuda y *mayor de edad*.

VIZC. Con que no cree usted que yo la amo ardien?..

CONDESA. Usted no puede amar á nadie.

VIZC. Por qué?

CONDESA. Por que... por falta de tiempo.

VIZC. Cómo?

CONDESA. (*Con ironia.*) Le dejan á usted libre un momento, el cuidado de su *toillette*, las noticias de Oriente y la pronunciacion de los idiomas extraños? (*Vuelve á sentarse y coge un libro.*)

VIZC. Se burla usted de mí?

CONDESA. Ni por pienso. Qué cosa mas natural en un agregado de embajada que lo que he dicho?

VIZC. Por qué está usted hoy tan cruel conmigo?

CONDESA. (*Hojeando el libro.*) Caprichos de mujer!

VIZC. (No hay duda! Tiene celos! Pero de quién?.. Veamos.) Condesa.

CONDESA. Qué? Creí que se habia usted marchado ya.

VIZC. Tanto le interesa á usted ese libro que no sabe usted si

estoy presente ó me he ido?

CONDESA. Pse!

VIZC. Qué lee usted?

CONDESA. Una novela de Alfonso Karr.

VIZC. Karr? Y cómo le complacen á usted las obras de un autor que tan cruel se muestra con las damas?

CONDESA. No sabe usted que soy poco afecta á las lisonjas?

VIZC. Y por contraste le agradan á usted las maldiciones de Karr?

CONDESA. Mas que las galanterias de usted.

VIZC. Doy á usted mil gracias.

CONDESA. Soy demasiado franca; pero sincera. (*Continúa leyendo.*)

VIZC. (Pues estoy lucido!.... Esto no es natural.... Si le habrá dicho Elena que el otro dia!.... Es muy posible: es tan necia esa mujer... y como tomó mi declaracion por burlas... quizá... estas esposas enamoradas de sus cónyuges son una calamidad...) Condesa...

CONDESA. Otra vez? Ha venido usted á interrumpirme en una situacion tan interesante!

VIZC. *Mais dame! c'est horrible!* Desdeñarme así por una novela, que, como todas las de su autor, será...

CONDESA. *Inmoral* quizá? Já, já, já. (*Riendo.*)

VIZC. Si, si: inmoral. Por qué se rie usted?

CONDESA. Porque ya me obliga usted á estar contando las horas que faltan para que acabe el baile y pueda retirarme á mi cuarto á devorar esta novela, que por cierto no pensaba leer.

VIZC. Pero tan negra antipatía le inspira á usted todo cuanto yo digo que?..

CONDESA. No, Vizconde; pero no sabe usted que nada aviva tanto nuestros deseos como que nos prohiban su satisfaccion? Para ser un cumplido *Lovelace*, como usted pretende, es necesario que empiece por estudiar el corazon de la mujer. Já, já, já... (*Riendo.*)

VIZC. Poco me importa esa risa, porque los principios morales...

CONDESA. Va usted á hacerme un discurso? Pero tiene usted razon; no debo reirme, sino indignarme.

VIZC. Cómo?

CONDESA. (*Levantándose.*) Si, indignarme al ver tan profanados los altares de la virtud por hipócritas alardes; al ver á

los hombres para quienes no son un sagrado el honor del amigo ni la reputacion de la inocencia, sublevarse con la pintura mas ó menos viva de una pasion; lo que no evita que se deleiten con la pintura del crímen, por repugnante que sea, si se hace en tono de chanza.

VIZC. Pero yo...

CONDESA. No me acuerdo de usted al hablar de este modo.

VIZC. Pues lo que yo digo lo afirma casi todo el mundo.

CONDESA. Y á mí qué me importa?

VIZC. Luego la opinion general es para usted?..

CONDESA. La opinion mas estúpida que conozco. (*Se acerca á un espejo y arregla su tocado.*)

VIZC. (Qué mujer!.. nada... está celosa...) Condesa: sabe usted que con ese carácter tan independiente y altivo me recuerda usted á *Lady Arabelle*: si la hubiera conocido á usted Balzac creeria que no habia hecho mas que retratarla *d'après nature*.

CONDESA. Le perdono á usted, en consideracion de que no sabe lo que dice.

VIZC. Yo!.. Condesa: es usted una mujer *impitoyable*!

CONDESA. Vizconde: yo soy una mujer que se fastidia.

UN LACAYO. (*Entrando por el fondo.*) La señora me ha encargado que advierta á usía que acaba de entrar el señor diputado del distrito. (*Al Vizconde.*)

CONDESA. (Luis aquí!)

VIZC. Diga usted que voy al instante. (*Sale el lacayo.*) Suspendamos nuestras hostilidades, pues con permiso de usted voy á recibir...

CONDESA. (*Deteniéndolo.*) Oiga usted.

VIZC. Qué?

CONDESA. Dicen que el Diputado ..

VIZC. Si; ya vé usted que debo hacerle los honores...

CONDESA. Pero cómo se encuentra aquí?

VIZC. No sabe usted que llegó ayer á Sanlúcar? Viene á tomar baños. Si usted me permite ..

CONDESA. Dígame usted, y es D. Luis...

VIZC. De Mendoza, sevillano como usted. No le conoce usted?

CONDESA. No... recuerdo... si...

VIZC. Lo presentaré á usted.

CONDESA. No...

VIZC. No quiere usted conocerlo?

CONDESA. Yo... en fin... Si usted se empeña, en buen hora. (*Sale el Vizconde.*)

ESCENA II.

LA CONDESA, *despues* ELENA.

CONDESA. Luis aqui, Dios mio! Y tendré que hablarle despues de tantos años de ausencia!.. Yo no sé lo que me pasa!.. Se me escapan lágrimas involuntarias..... (*Secando sus ojos.*) Y por qué he de llorar?... No; mas bien debiera reir. (*Lo hace.*) Siento una alegria... (*Conteniendo su corazon.*) Ah, Elena! (*Sale al encuentro de Elena y la abraza y la besa con extremado cariño.*)

CONDESA. Temí que no vinieras esta noche!

ELENA. Se me olvidó decirte esta mañana que no faltaria.

CONDESA. Y Alberto?

ELENA. Se ha quedado en el salon saludando á unos amigos.

CONDESA. Qué bella estás! Deja que te bese otra vez! Dónde has comprado ese adorno? Es muy elegante! Hace mucho calor en el salon?

ELENA. No poco.

CONDESA. Hay mucha gente?

ELENA. Si.

CONDESA. Esta tarde no habrás paseado á caballo?

ELENA. Margarita, qué torbellino de preguntas es este? Qué te pasa?

CONDESA. Nada. No sabes que he sido siempre una aturdida? Le causo extrañeza á la hermana de mi corazon? Pero ya comprendo: la esposa feliz se ha olvidado de la amiga. Ingrata! No por eso dejaré de quererte siempre lo mismo. (*Estrecha las manos de Elena con efusion.*)

ELENA. Ay, pobre Margarita! El contacto de tus manos me revela que tienes fiebre, y hasta la causa que la motiva! (*Con maliciosa ironia.*)

CONDESA. Qué dices?

ELENA. Escúchame: tiene un amigo mi marido, de quien ha sido constante compañero de estudios y aventuras: se aman entrambos como nos amamos nosotras, y por consiguiente no tienen nada secreto el uno para el otro.

CONDESA. A dónde vas á parar?

ELENA. Ya verás. Este jóven, aunque ha llevado por espacio de

muchos años una vida disipada, comprende que el marido y la mujer son una sola persona: lo que me asegura él en latin, y yo afirmo á pesar de no entender lo que me dice. (*Riendo.*)

CONDESA. Y qué quieres decir con eso?

ELENA. Quiero decir que poseo, como Alberto, la confianza de su amigo, y procuro con mis consejos aliviar sus males.

CONDESA. Luego está enfermo?

ELENA. Y gravemente.

CONDESA. Si? Qué padece?

ELENA. Una enfermedad terrible. Está enamorado.

CONDESA. Y no es correspondido?

ELENA. Lo ignora.

CONDESA. Y por qué no lo averigua?

ELENA. Si lo hiciera, la esperanza ó el desengaño dice él que lo curarian.

CONDESA. De seguro.

ELENA. Pues hé ahí lo que quiere evitar.

CONDESA. Cosa mas rara! Explícame ese enigma.

ELENA. Enigma y complicado debe ser para tí, pues si algo acierto yo á descifrarlo, es porque por mis relaciones con mi marido me han enseñado lo que voy á decirte.

CONDESA. Te suplico que me inicies en esos terribles misterios.

ELENA. Escucha: existe una raza de hombres dotados de todas las facultades para ser felices y labrar la dicha de las personas que aman, y que suelen ser muy desgraciados...

CONDESA. Te advierto que no estoy de humor de conmoverme.

ELENA. No es el caso para tanto. A esa raza pertenecen hoy casi todos los hombres de talento.

CONDESA. Todos?

ELENA. Casi todos he dicho.

CONDESA. Y por qué ha de ser hoy el talento un motivo de desgracia?

ELENA. Cuándo no lo ha sido?

CONDESA. Decir eso es blasfemar de Dios, pues que blasfemas de sus dones.

ELENA. No tal. El oro es un metal purísimo que la tierra oculta con amor en sus entrañas. Blasfemaremos de nuestra madre comun porque digamos que el ingrato explotador que lo arranca de su seno, convierte el tesoro que para su bien ella le ofrece en instrumento del crímen?

CONDESA. Luego todos los hombres de talento son ingratos?

ELENA. Casi todos; pero volvamos á nuestro propósito. Esos hombres, llámalos de talento ó como quieras, se distinguen en su primera juventud por la pureza y el ardor de sus deseos, que adornan con todas las galas de la imaginacion. Siempre ha sido la realidad áspera y desconsoladora; pero nunca tanto como hoy que á todo sentimiento generoso se le reviste con los temibles atavios del ridículo, y esos hombres de que te hablo padecen mas que otros al sentir el rudo choque de sus aspiraciones contra la roca de hielo de la verdad.

CONDESA. Y por qué han de sufrir mas que otros?

ELENA. Porque la misma violencia de sus pasiones los somete á una funesta reaccion, por la que se gozan, con suicida encarnizamiento, en descubrir el repugnante esqueleto de los goces de la vida.

CONDESA. Ya comprendo que deben ser muy desgraciados!

ELENA. ¡Tanto lo son, que no extrañes percibir entre sus carcajadas algun gemido sofocado: es muy posible que veas caer una lágrima sobre la espuma del vino que beben para olvidarse de sí mismos; y si asi sucede, no te mofes del gemido ni de la lágrima creyendo falso el dolor que se los arranca: solo entonces se han presentado á tus ojos tales como son esos hombres, á quienes su orgullo y un insensato sentimiento de venganza les hacen renegar de su naturaleza

CONDESA. Y se encuentra entre esos hombres el amigo de tu marido? (*Con curiosidad mal disimulada.*)

ELENA. Si, Margarita: y cuando uno de esos hombres siente que su corazon vuelve á palpitar con el mismo afan y pureza que creia perdidos para siempre; cuando se siente abrasado por el fuego de la pasion y contenido por el respeto de la castidad ante una mujer; él, que no consideraba en nosotras mas que una ocasion de ejercitar su ingenio en el sarcasmo ó un objeto de placeres, cuya calificacion mancharia mis labios, adorando su nuevo ser, teme que el desengaño lo destruya para arrojarlo de nuevo en una vida que él mas que nadie aborrece.

CONDESA. No parece, Elena, sino que has sido tú presa de esos extraños sentimientos segun lo bien que los conoces.

ELENA. Casi puede decirse que los he sentido, pues que tengo

la dicha y el orgullo de haber llevado por mi mano á uno de esos hombres al único puerto de salvacion que para ellos existe.

Condesa. Cuál es?

Elena. Un matrimonio por amor. La legítima correspondencia de afectos; el interés que, semejante al sol que todo lo ilumina, comunica á todo el amor de la familia, les hace comprender que por algo es bella la vida, y en vez de despreciarla la aman, porque ya no la miran con los empañados ojos del egoismo; porque su vida es ya la de su mujer y sus hijos.

Condesa. Hermosas son tus palabras, Elena, y mas hermoso el sentimiento que te las dicta. Si cupiese siempre á la mujer la gloria de rescatar un alma, no cambiaria ese silencioso triunfo por tantos otros como los hombres monopolizan.

Elena. Toda mujer que es amada puede alcanzar esa corona. *(Con intencion y cariño.)*

Condesa. Elena, son muy pocos los hombres que aman verdaderamente. Quién, dominado por ese irresistible afecto, puede posponerlo á otra pasion cualquiera?

Elena. El orgullo encadena los labios que el amor quisiera abrir.

Condesa. Quien de tal modo sienta, blasfema al decir que ama.

Elena. Eres injusta, amiga mia, y no lo extraño: asi como nunca se revelan á los ojos del hombre ciertas delicadezas de nuestra alma, animan la suya sentimientos para nosotras incomprensibles. Su corazon es una caja cerrada, y en buscar la llave que ha de abrirla consumimos nuestra vida.

Condesa. Y cuántas veces son vanos nuestros esfuerzos para conseguirlo!

Elena. Lo cual dobla el placer que sentimos al verlos coronados por un buen éxito.

Condesa. Si; menos cuando al levantar la tapa de la caja nos encontramos con que es la de Pandora.

Elena. Qué excéptica estás! Has tenido algun desengaño?

Condesa. Yo! Cómo, si no he amado nunca?

Elena. Estás segura de lo que dices?

Condesa. Pienso que sí.

Elena. Pues confieso que me engañé antes al afirmar que el contacto de tus manos me indicaba que tenias fiebre

revelándome su causa.

CONDESA. Luego creias que el amor ocasionaba mi desconcierto?

ELENA. Si, y para confirmar mi sospecha hablé del amigo de Alberto, quien me ha confesado que siempre que vé á la mujer que ama estrecha con mas efusion las manos de sus amigos, le parece el cielo mas azul, los hombres mas buenos....

CONDESA. Ah! Ah! Es chistoso! (*Riendo.*)

ELENA. Al verle asegura que hasta se duplica su talento.

CONDESA. Lo que prueba cuán equivocado era tu aserto. Yo pienso que estoy esta noche tan necia como loca al juzgarme enamorada.

ELENA. Es posible?

CONDESA. Es evidente. (*El Vizconde y Luis entran en la escena por el fondo.*)

ELENA. Te turbas?

CONDESA. Yo! No es ese joven?...

ELENA. El amigo de mi marido.

CONDESA. El enfermo de?...

ELENA. El mismo.

CONDESA. (Ay, Dios mio!)

ESCENA III.

DICHAS. LUIS, EL VIZCONDE. *Luis y Elena se dan las manos; esta lo presenta á la Condesa: interrumpiendo al Vizconde que va á hacerlo.*

ELENA. Mendoza, cuánto me alegro de ver á usted aqui!

LUIS. Bien sabe usted que correspondo con usura á ese sentimiento.

ELENA. Margarita, el señor don Luis de Mendoza, diputado del distrito y Pilades de mi marido.

LUIS. Señora.... (*Saludando á la Condesa.*)

ELENA. Mi mejor amiga la Condesa viuda del Valle.

LUIS. Tenia la honra de conocer á esta señora, aunque privado del placer de tratarla.

CONDESA. Caballero.... (Estoy cortada como si acabase de salir del colegio.)

VIZC. Condesa, me veo relevado del cargo de presentar á usted al señor, como la prometí.

LUIS. Habia usted pensado, señora, en concederme tal honor? (*Con gozo mal reprimido.*)

CONDESA. El Vizconde se ofreció á ello y....

VIZC. Me complace ver que desempeña mi comision quien es envidia de las bellas y modelo de las esposas.

ELENA. Vizconde, usted como siempre. (Cuándo se convencerá este figura de que me fastidian sus galanteos?)

VIZC. Si usted gusta, pasaremos con permiso de estas señoras á ver mi sala de armas.

LUIS. Yo....

CONDESA. Si, obren ustedes con completa libertad.

LUIS. (No perdona ocasion de desairarme.) Estoy á las órdenes de usted Vizconde. (*Saluda á las señoras.*)

ELENA. Hasta luego.

VIZC. *Sans adieus.*

ESCENA IV.

LA CONDESA, ELENA.

CONDESA. Elena! (*Con afan mal reprimido.*)

ELENA. Margarita? Se te ha aumentado la fiebre? (*Con sonrisa irónica.*

CONDESA. Déjate de burlas. Tengo una curiosidad que tú puedes satisfacer.

ELENA. Habla.

CONDESA. Quién es la mujer que causa la enfermedad de?...

ELENA. No puedo decirlo, es un secreto.

CONDESA. No debe haber secretos entre dos amigas como nosotras.

ELENA. En no revelar ese nombre está empeñada mi palabra de honor.

CONDESA. Para nosotras no hay mas honor que el que se funde en la virtud.

ELENA. Las mujeres debemos guardar los secretos que se nos confian, aunque no sostengamos nuestra palabra con la espada ó la pistola.

CONDESA. Con qué letra comienza su nombre?

ELENA. Con una consonante...

CONDESA. Sí?

ELENA. Ó una vocal.

CONDESA. Vamos! Hace mucho tiempo que la ama?

ELENA. Desde que la conoció!

CONDESA. Elena! Vas á desesperarme!

ELENA. Pero qué curiosidad mas estraña! Qué te importa á tí eso?

CONDESA. Es un capricho. Y no puedo remediar el defecto de ser extremadamente caprichosa.

ELENA. Pues no quiero desperdiciar esta ocasion de corregirte.

CONDESA. Elena! Mira que me estás haciendo padecer.

ELENA. De veras? Pues hagamos un convenio.

CONDESA. Veamos.

ELENA. Sacrifico las inspiraciones de mi conciencia por evitarte un disgusto; pero razon es que me pagues tal sacrificio.

CONDESA. De qué modo?

ELENA. A pesar de que tú lo niegas yo supongo que tú amas á alguien: dime su nombre y en cambio te diré el que tú deseas saber.

CONDESA. Pero....

ELENA. Si no quieres llevar á cabo nuestro convenio, está deshecho.

CONDESA. No, no. Escucha.

ELENA. Dí.

CONDESA. Yo no he amado nunca.

ELENA. Cómo?

CONDESA. Espera. Yo no sé si he amado alguna vez. Te contaré la historia de una sensacion que experimenté ha mucho tiempo, y que no sé calificar.

ELENA. Ya escucho.

CONDESA. Siendo aun muy niña, conocí en Sevilla á un jóven cuya presencia me conmovia agradablemente. Ignoro qué motivaba esta impresion, acaso no seria mas que la vanidad de mujer halagada, porque sus ojos me dirigian miradas de apasionada adoracion, y en su acento y sus palabras me parecia á mí comprender que me amaba.

ELENA. Adelante.

CONDESA. Él tambien era casi un niño y yo no cesaba de repetírmelo para vencer la especie de dominio que sobre mí ejercia. Sin embargo no podia apartarlo de mi pensamiento, y si al caer la tarde bajaba á mi jardin á coger flores y soñar despierta con mis lecturas, que interrumpian las sombras del crepúsculo, á cada paso imaginaba, llenándome de rubor, que lo veia cruzar entre los árboles; sus hojas mecidas por el viento murmuraban á mi oido:

Margarita, yo te amo; y cuando las vecinas campanas llamaban á los fieles á la oracion, al comenzarla mis labios conocia que hasta entonces no habian cesado de murmurar su nombre.

ELENA. Y cuál es ese nombre?

CONDESA. No sea usted impaciente, ya lo diré. (*Sonriendo y secándose una lágrima.*)

CONDESA. Lloras, Margarita? y decias que no estabas segura de que hubieses amado!

CONDESA. Lo afirma por ventura esta lágrima? Quién puede volver sus ojos, sin que el llanto los humedezca, á esos años de inocencia y esperanza que se llevan consigo toda nuestra alegria?

ELENA. Sigue; sigue.

CONDESA. Dió al través la fortuna con la de los padres de aquel jóven, y se vió obligada toda la familia á pasar á América, donde aun conservaba algunos bienes. Él quiso hablarme antes de salir de Sevilla; pero la clausura casi monástica en que yo vivia no lo permitió: nos separamos sin hablarnos un momento.

ELENA. Rara coincidencia! (*Con sonrisa maliciosa.*)

CONDESA. Qué dices? (*Con afan.*)

ELENA. Nada. No has vuelto á verlo?

CONDESA. Ya lo sabrás. Pasarón dos años; apenas contaba yo diez y ocho y era aun mas niña por carácter que por la edad, cuando mis tutores me casaron con un anciano á quien podia querer y respetar como á un padre; pero á quien me era imposible amar como al compañero de mi vida. Sin embargo, sus nobles cualidades cautivaron de tal modo mi afecto, que al asaltarme el recuerdo de aquel joven, juzgándome delincuente, sepultaba las imaginaciones que consigo traia en mis deberes de esposa y en la gratitud que mi marido me inspiraba.

ELENA. No temas que deje Dios sin recompensar tan noble conducta.

CONDESA. No lo merece. No hice mas que cumplir con mi deber. Pasaron algunos años; fuimos á vivir á Madrid, y á poco de haber llegado supe que aquel joven ocupaba un puestó en la capital conquistado con su talento, y que su padre habia rehabilitado en América su fortuna.

ELENA. Y lo viste en Madrid?

CONDESA. Si; lo encontré una noche en un baile; yo no sé lo que

pasó por mí al verlo; sentí enrojecerse mis mejillas; latió mi pecho con una fuerza extraordinaria; mas cuando era presa de aquel inexplicable sentimiento una amiga me preguntó por la salud de mi marido y sus palabras traspasaron mi corazon como un puñal de hielo! di un adios á la memoria de mi juventud, y cuando aquel hombre se me acercó para pedirme un rigodon, acepté su mano sonriendo con la mayor indiferencia.

Elena. Te atreviste á bailar con él?

Condesa. De lo contrario hubiera sospechado que le temia. Mucho sufrí mientras duró el baile, y apenas contestaba balbuceando á las palabras que él me dirigia con voz trémula. Cesó la música y mi cansancio era tan manifiesto que me dejé llevar á un salon algo apartado; estabamos allí solos y silenciosos; yo no me atrevia á mirarle; pero al volver maquinalmente la cabeza vi clavados en los mios sus ojos con tal expresion de amor que temblé toda y flaquearon mis rodillas.

Elena. Era terrible tu situacion!

Condesa. Iba á desmayarme y él me recogió en sus brazos. Al contacto de ellos desperté de mi delirio; me llenó mi debilidad de vergüenza y me desembaracé de él procurando aparecer indignada. Cayó entonces á mis pies y me dijo: *Margarita, yo te amo.* Elena! Estas eran las palabras que susurraban los árboles de mi jardin, y yo no puedo explicarte la impresion que me causaron; solo te diré que me pareció escuchar una voz sorda que me decia: *Estás deshonrada!* Y alcé mi frente, y mirándole cara á cara me eché á reir como una loca.

Elena. Ya comprendo!

Condesa. Se rie usted? Exclamó lleno de confusion. *No he de reirme?* contesté haciéndose pedazos mi corazon. Muy pocos dias antes se habia extrenado la comedia de Breton *La escuela del matrimonio. No he de reirme?* añadí. *Ha querido usted usurpar su lisonjero papel al Baron del Manzano? Mi marido está en la sala de juego. Vaya usted á pedirle mi mano si gusta.*

Elena. Margarita!

Condesa. No hay palabras con qué pintar la expresion que tomó su rostro; me hizo un saludo que me llenó de terror, y me dejó sola. Yo caí en una silla hecha un mar de lágrimas; y no pudiendo contenerlas, dije que me sentia

indispuesta y me retiré á mi casa para no volver á hablarle nunca. (*Se enjuga las lágrimas.*)

ELENA. Pero, cómo se llama?

CONDESA. Dime tú antes el nombre que deseo saber.

ELENA. No: razon es que termines tu historia con el nombre de protagonista. (*Luis y el Vizconde aparecen por la izquierda del espectador.*)

CONDESA. Por Dios, Elena, tú primero.... (*Estrechando las manos de Elena.*)

ELENA. Quién es él?

CONDESA. Nos está mirando. (*Bajando los ojos.*)

ELENA. Gracias á Dios! (*Con aire de triunfo y alegria.*)

CONDESA. Quién es ella?

ELENA. Tengo su mano entre las mias.

CONDESA. De veras! (*Con alegria extremada.*)

ELENA. Calla.

ESCENA V.

DICHAS, LUIS, EL VIZCONDE.

LUIS. Magníficas pistolas!

VIZC. Las compré en Paris, donde me he educado, y de cuya embajada he sido *attaché* por mas de seis meses.

LUIS. Creo que estaba usted allí cuando yo pasé viniendo para España.

VIZC. En efecto: recuerdo haberle visto á usted en la *Maison dorée*; allí comia yo casi diariamente.

ELENA. Señor diplomático guerrero...

VIZC. Guerrero?

ELENA. No viene usted de enseñar su sala de armas al señor?.

VIZC. Siempre satírica y desdeñosa!

ELENA. Tan lejos estoy de ser lo segundo, que me dirigí á usted para pedirle el brazo.

VIZC. Tanto honor! (La fiera se amansa.)

CONDESA. Vas á dejarme sola con?..

ELENA. Sí. Voy á correr el riesgo de que me enamore tu prometido, para que no os estorbe.

CONDESA. Pero esto es...

ELENA. Esto es ser Celestina... de dos almas. (*Al Vizconde.*) Acepto el brazo, galan caballero.

VIZC. (*Dándoselo.*) A dónde vamos?

ELENA. Adonde usted guste : no he visto aun los salones.
VIZC. Quiere usted que empecemos por tomar un *chantilly.*
ELENA. *Tres volontiers,* mi elegante *Cicerone.*

ESCENA VI.

LUIS, LA CONDESA. *Luis desde el principio de la escena anterior estará hojeando un album. Pausa. La Condesa da señales de impaciencia.*

CONDESA. (En buena posicion me coloca el imprudente celo de Elena!)
LUIS. (*Alzando los ojos y viendo que la Condesa va á salir.*) Condesa.
CONDESA. Ah!
LUIS. Es de usted, si no me engaño, este precioso album.
CONDESA. Si usted gusta de honrarlo con su firma.
LUIS. Nunca me atreveria.
CONDESA. Es usted sobrado modesto.
LUIS. Soy sincero, Condesa, mi nombre es demasiado oscuro para dar vida á una página en blanco. Ademas; yo mismo no sé darme cuenta de mis sentimientos. Cómo podria expresarlos? Si fuera dueño del seductor lenguaje de las musas, su encanto perdonaria la vaguedad y aun la contradiccion que en ellos existe; pero no he sabido nunca hacer un verso.
CONDESA. Lo que no impide que le roben á usted poderosamente la atencion.
LUIS. Disimule usted una falta involuntaria: me interesó tanto un soneto que ví en este album, que apenas reparé que habian salido Elena y el Vizconde. Culpa es de la poesia el haberme hecho pasar por desatento.
CONDESA. De quién es?
LUIS. No está firmado.
CONDESA. No lo recuerdo. Tiene tantos versos ese libro!
LUIS. Quisiera usted leerlo?
CONDESA. Yo!
LUIS. (*Presentándole el album.*) Acaso no lo haya usted leido nunca.
CONDESA. Asi lo creo. (Si es el que pienso, lo sé de memoria.)
LUIS. Qué ajeno estará el pobre poeta de merecer tal desden! En su nombre le pido á usted una mirada, y en el mio

que me dé el placer de escucharlo.

CONDESA. (*Cogiendo el album.*) Qué tonteria! (*Lee.*)

Como la sombra al cuerpo, el sentimiento
á perseguir me inclina tu hermosura;
mas si dicen mis ojos mi ternura,
casto respeto sofocó mi acento.
Con tu imágen querida, en su aislamiento,
forja el alma quimeras de ventura:
nunca esa dicha alcanzarás, murmura
la despiadada voz del pensamiento.
Amarga pena al escucharla abrigo:
y entonce el corazon como un tesoro
acoge ese dolor, y te bendigo!
Y sin nada esperar ciego te adoro!
Ay si á mi seno del dolor amigo
volver pudiera el desterrado lloro!

(*Hablando.*) Con que tanto le interesa á usted este soneto?

LUIS. Simpatizo mucho con el sentimiento que lo inspira.

CONDESA. Yo creo que es completamente falso.

LUIS. Falso!

CONDESA. De qué otro modo calificar esa adoracion ciega y sin esperanza?

LUIS. No cree usted que haya quien ame sin esperar?

CONDESA. No... si puede abrigar esperanzas legítimas.

LUIS. Margarita!

CONDESA. (Cielos!)

LUIS. Permítame usted que le dé este nombre, que simboliza los años mas felices de mi vida.

CONDESA. Yo le permito á usted que me llame como quiera.

LUIS. Qué escucho! Mi deseo ó mi vanidad darán un sentido á las palabras de usted, que por lo halagüeño me parece imposible?

CONDESA. No comprendo...

LUIS. Margarita, si hubiera un hombre que le dijese á usted que la amaba desde que comenzó á latir su corazon; si ese hombre le pidiera á usted que le perdonase una falta hija de un arrebato involuntario; si ese hombre confesase á los pies de usted que un necio orgullo y la desconfianza que el amor puro engendra, cerráran sus labios hasta el momento en que declarase á usted que necesitaba de su amor para ser feliz y bueno, qué contes-

taria usted, Margarita?

CONDESA. No sé... Dudo de despertar nunca tales sentimientos...

LUIS. Usted lo duda!..

VIZC. (*Entrando por el fondo.*) Señor de Mendoza...

LUIS. (Impertinente!)

CONDESA. (Qué oportunidad!)

VIZC. El señor de Herreros busca á usted por todas partes. Hácia aqui se dirige.

LUIS. Voy á salirle al encuentro. Me concederá usted, señora, despues dos minutos de atencion? Aun no he concluido de decir á usted todo lo que deseaba.

CONDESA. (*Con ironia y enojo.*) Apresúrese usted, porque el brigadier lo espera.

VIZC. Viene siguiéndome los pasos; yo quise anticiparme...

LUIS. (*Con intencion.*) Aguardaré á que venga.

CONDESA. (*Con afan.*) No, no; vaya usted cuanto antes.

ESCENA VII.

LA CONDESA, EL VIZCONDE.

VIZC. Se le ha pasado á usted el *spleen?*

CONDESA. Si.

VIZC. Y qué le decia á usted nuestro diputado?

CONDESA. Me agrada la pregunta! Con qué derecho?..

VIZC. Conozco que he cometido una *inconveniencia*; pero cuando se ama...

CONDESA. Bien, basta.

VIZC. No piense usted que ignoro que, como dice Sué, *les secrets du cœur sont ausi sacreés que ces de la confession* ó lo que es lo mismo...

CONDESA. *Los secretos del corazon son tan sagrados como los de la confesion.* Si; comprendo el francés; pero ni yo soy confesor, ni sé si tiene corazon Mendoza, ni me ha confiado ningun secreto.

VIZC. Cómo dudar de que tiene corazon! Pues si no cómo habria de casarse con la señorita Herreros?

CONDESA. Qué dice usted?

VIZC. Pues qué no sabe usted que se casan Adela Herreros y Mendoza?

CONDESA. Eso es ment...!

VIZC. Qué!

CONDESA. Eso no puede ser.
VIZC. Que no puede ser! Si acabo de oirlo de boca del padre de la *fiancé*.
CONDESA. El padre!
VIZC. En persona se lo ha dicho á mamá delante de mí.
CONDESA. (Señor! esto es para volverse loca!)
VIZC. Se tienen un amor vehementísimo!
CONDESA. (Esto mas!)
VIZC. Amor que nació á la sombra de los cocoteros de Cuba; creció arrastrado por las aguas del Misisipi ó *Mesachebé*..
CONDESA. No me aturda usted con esa algarabia geográfico-amorosa.
VIZC. Ya no tendrá usted celos de la señorita Herreros?
CONDESA. Se burla usted de mí!
VIZC. Burlarme! (*Le diable m'emporte* si comprendo...)
CONDESA. Por qué ha dicho usted eso de los celos?
VIZC. Francamente, cuando me dijo usted con tanta ironía que juzgaba que debia agradarme creí que usted pensaba...
CONDESA. Yo no pienso cuando hablo con usted.
VIZC. (Esta mujer delira! Si, no hay duda: rompe el pañuelo y habla sola.)
CONDESA. (No! seria una locura que labraria quizá mi eterna desgracia... pero necesito vengarme.)
VIZC. (Algun pensamiento grave la *preocupa*.)
CONDESA. (Ya perdido todo, que me importa? Resolucion!) Vizconde?
VIZC. Condesa?
CONDESA. Muy pronto... mañana... hoy.. cuando usted quiera nos casaremos..
VIZC. Será cierto? La habrá conmovido á usted *el buen Dios*?
CONDESA. Autorizo á usted para que desde ahora lo diga á quien quiera.
VIZC. Qué inesperado placer! Pero está usted llorando?
CONDESA. Llorando! no! no quiero llorar, no!
VIZC. El pudor, la emocion....
CONDESA. Adios, Vizconde.
VIZC. Me deja usted?
CONDESA. Si, si; hasta luego. (Me ahogo!)

ESCENA VIII.

El Vicconde *solo.*

Señor, esto es una boda improvisada? Qué le habrá movido? Pero está claro: ella me amaba y en cuanto ha visto deshecho el fantasma de sus celos, deja hablar á su corazon! Pues miren el bueno del diputado independiente como no le hace la opo sicion á las pollitas con buen dotel... Y que buena, no, yo tampoco me debo considerar mal afortunado... *Parbleu*! Esto de casarse es grave! Pero! bah! el matrimonio podrá ser una cadena para los maridos comunes, pero un marido *comme il faut* como yo lo seré, disfruta de una amable independencia. (*Mirando hácia la izquierda del espectador.*) Calle! hácia aqui se dirige mi futura con Elena. Esta mujer me hace daño! pues no se rie en mis bigotes siempre que la enamoro! me voy, no quiero verla. Voy á anunciar á todo el mundo mi próximo enlace.

ESCENA IX.

La Condesa *y* Elena.

Elena. Pero Margarita, eso es un disparate.

Condesa. Qué quieres! Ya no tiene remedio!

Elena. Mas por qué proceder tan de lijero? Aguarda...

Condesa. Si retardase mi propósito, me faltaria valor para llevarlo á cabo, y no quiero. Yo necesito que ese hombre no crea haber conseguido su triunfo.

Elena. Pero, cuál es su triunfo?

Condesa. Y quién lo duda? Ha querido devolverme el desprecio que imagina que le hice. Necia de mí que tan dispuesta me hallaba á dar un sí solicitado, no por el cariño, sino por la venganza! (*Llora.*)

Elena. Eso es imposible! Con tantas protestas como me hacia...

Condesa. Si; protestas! Quién fia de las palabras de los hombres? Necias de nosotras! Por qué los creemos? El orgullo mata en ellos todo sentimiento, y en su helado egoismo, estudian con la mayor calma el mejor medio de engañarnos!

ELENA. No obstante...

ESCENA X.

DICHAS y LUIS.

LUIS. Margarita, Margarita.

CONDESA. (*Disponiéndose á marchar.*) Caballero...

LUIS. Por Dios, escúcheme usted un instante. Es cierto que se casa usted con el Vizconde?

CONDESA. No podia usted preguntárselo á él?

LUIS. Condesa! No se burle usted de mi ansiedad! Ama usted al Vizconde? Usted no puede amarlo!

CONDESA. Qué le importa á usted?

LUIS. Qué me importa? No sabe usted que yo la amo desde que la ví; que ni la ausencia ni el tiempo han disminuido el puro sentimiento que ya no puedo callar; que me hace su esclavo?

ELENA. Bien decia yo!

CONDESA. Caballero: hasta cuándo piensa usted prolongar esta comedia?

LUIS. Señora...

ELENA. Mendoza: es cierto que va usted á casarse con Adela Herreros?

LUIS. Yo?

CONDESA. El Vizconde acaba de asegurarlo.

LUIS. El Vizconde no sabe lo que se dice. Con la señorita Herreros se casa mi hermano, que hace cuatro años que es su novio.

ELENA. No te decia yo que...

CONDESA. Será posible?

LUIS. El brigadier me llamó para decirme que ha fondeado esta mañana en Cádiz el vapor, que trae mi hermano á España.

ELENA. Pues! El Vizconde oiria decir al Sr. Herreros que se casaba su hija con Mendoza y...

CONDESA. Si: y...

ELENA. Pero tú no debes creerte comprometida con él.

LUIS. Qué escucho! Con que es decir que usted creia!.. Oh, Margarita, dígame usted si me ama!

ELENA. Desde que se conocieron ustedes en Sevilla.

CONDESA. Elena!

Luis. Oh! no desmienta usted esas palabras que me llenan de júbilo! Me concede usted su mano?

Elena. Pues me gusta la pregunta!

Condesa. Yo... (*Alarga la mano á Luis, y este la estrecha y la besa con pasion.* (Perdone el Vizconde)

Luis. Qué haré yo para merecer tanta dicha?

ESCENA XI.

Dichos y El Vizconde.

Vizc. *Jour de Dieu! Que est ce que c'est ça!*

Luis. Esto es que tengo el honor de participar á usted mi próximo enlace con la Condesa viuda del Valle.

Vizc. Usted! Pues si no hace diez minutos que yo dije á usted las mismas palabras?

Elena. Si; pero Mendoza ama á Margarita hace diez años, y usted hace á penas diez meses que la conoce.

Vizc. Diez años?

Luis. Si señor. Diez años.

Vizc. Le asiste á usted el derecho de prelacion sin duda. (Me parece tan ridículo como inverosimil amar á una mujer diez años!)

Condesa. Vizconde, usted perdonará mi lijereza...

Luis. Si, ya veo.

Condesa. Pero recordará usted las palabras de su tio.

Vizc. Si: me las ha recordado usted ya esta noche.

Condesa. Me olvidé de añadir á usted que en el caso de no aceptar la mano de usted, seria suya la mitad de los bienes que he heredado.

Vizc. Nunca, yo...

Condesa. Su tio de usted aceptó esta proposicion. Es su voluntad que se cumpla y mi decoro lo exige. (*El Vizconde se inclina.*)

Elena. Mendoza me ha dicho, esta mañana, que ha escrito al Ministro de Estado pidiéndole para usted los honores de secretario de legacion.

Vizc. Gracias.

Luis. (*A Elena.*) Yo?

Elena. (*A Luis.*) Hágalo usted, y contenta á ese necio, y al ministro que pensará que vá usted á darle su voto en la primera ocasion.

VIZC. (Pues señor, un uniforme de secretario y la mitad de los bienes, quedándose soltero.... gano la partida!)

LUIS. Si usted cree que yo he procedido...

VIZC. No; usted estaba en su derecho. (Le haré el amor á Adela Herreros, que está vacante.) (*Se oye una polka.*) Oh!... ha roto el baile. Quiere usted ser mi pareja? (*A Elena.*)

ELENA. Por que no? (*Riendo.*) Cuanto dé V. dos vueltas de polka se encuentra como el pez en el agua.

VIZC. Sin duda. (*Coge el brazo de Elena y sigue con los pies el compas de la música.*)

LUIS. (*A la Condesa.*) Habias tú de casarte con semejante hombre?

CONDESA. Cuando pienso que he estado á punto de ser tan desgraciada!

LUIS. Pueda mi ternura hacer que lo olvides.

CONDESA. De Dios y de tí lo espero.

ELENA. Quién habia de decir que despues de tantos años?..

VIZC. (*Con pretension de sarcasmo.*) Oh! no en balde dice el proverbio español que *al cabo de los años mil...*

CONDESA. (*Estrechando con ternura las manos de Luis.*) *Vuelven las aguas por dó solian ir.* (*Cae el telon.*)

FIN DEL PROVERBIO.